

GANADOR AUTONÓMICO



COMUNIDAD DE MADRID

JOSÉ JAIME GRANADOS – BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

CHISTERA

Leyendas, historias y cuentos van pasando de generación en generación relatando mis viajes. Sin embargo, pocas son o pretenden ser completamente ciertas. He oído muchas cosas acerca de mí. He oído cosas que escapan a la comprensión humana, pero todas tienen parte de realidad.

Como me niego a ir hablando con todas y cada una de esas personas que hablan de mí sin conocerme, me dispongo a contar en este relato toda la verdadera historia de mi larga vida.

No estoy seguro de cómo empezar. Supongo que por el principio, pero me parece que es lo que menos importa a las gentes. Aún así, daré a conocer todo cuanto recuerdo de mí.

Mi principio se remonta a mucho tiempo atrás, aunque no recuerdo ya ni el año ni el lugar exacto. Mi padre era un conocido comerciante inglés y mi madre una simple pueblerina de origen alemán que vivía en uno de los pueblos cercanos al puerto.

Cada vez que mi padre pasaba por Francia hacía una parada para ver a mi madre durante una tarde y una noche. Así, el amor dio su fruto y mi madre quedó embarazada. Lástima que a los dos meses el barco de mi padre se hundiera, sin dejar rastro de la tripulación.

Después de nacer yo vivimos tan solo un año en el pueblo. Mi madre necesitaba un cambio de aires y nos trasladamos a París. Allí la desgracia volvió a recaer sobre mi familia y mi madre no consiguió trabajo. Me pasé hasta los seis años viendo como mi madre iba muriendo de hambre para dejarme a mí un trozo de pan duro que llevarme a la boca. Al cabo de un tiempo murió.

En un principio no supe muy bien qué hacer. No tenía comida ni agua potable y mi único apoyo en esa ciudad acababa de desaparecer.

Un día, no mucho después del fallecimiento de mi madre, encontré entre los desechos de París un gato negro. Una cría de gato escondida y muerta de frío a la que acogí como si fuese un niño hambriento como yo.

Pasaban los días y cada vez tenía menos que comer. Siempre que veía la panadería de enfrente me sonaban las tripas. Hasta que un día el hambre me pudo, rompí el cristal y comí todo lo que quise. Vino la que era entonces la guardia de París y me llevaron como si fuera un recluso. Sin embargo, uno de los guardias se apiadó de mí y me dejó escapar.

Seguí viviendo en París más o menos otros diez años, entre robos y persecuciones, hasta que decidí irme de allí. Robé las últimas provisiones a un mercader y crucé los muros de la ciudad. Decidí tomar rumbo al sur, hacia el Mediterráneo. No tuve demasiados problemas para esquivar los controles de la guardia francesa, pues en esa época tenían problemas con la rebelión contra la reina. No me enteré bien porque evitaba las ciudades lo más posible.

Me debí desviar de mi rumbo, ya que acabé en los Pirineos, en la frontera con España. La crucé sin muchos problemas y llegué a un lugar llamado Cataluña. No tardé mucho en llegar a la costa y pude hablar con unos cuantos mercaderes para que me dejaran subir a un barco. Me dijeron que sí, pero que “mi animal” tendría que quedarse en tierra. Les dije que tenía que pensarlo, que les daría la respuesta por la mañana. Pasé la noche peor que nunca.

Dormí unas horas, pero tuve un extraño sueño. El gato negro me miraba, se daba la vuelta, cogía una carta con la boca y me la daba. Yo me agachaba y la cogía. Abría la carta y leía su interior. Decía algo más o menos así: Si me abandonas, correrás la misma suerte que tu padre.

Me desperté sobresaltado en uno de los bancos de enfrente del puerto. Miré al gato que dormía plácidamente en mi regazo. Después moví la mano derecha al comprobar que esa carta estaba entre mis dedos. La abrí y vi horrorizado que contenía el mismo mensaje.

Al día siguiente decidí olvidar aquel suceso y dejar el gato en tierra. Cuando zarpamos pude ver cómo aquel animal buscaba dando vueltas por la costa la forma de llegar hasta mí sin éxito.

Nuestra parada era Sardinia, una de las islas Italianas. Tras amarrar el barco, mis compañeros me dijeron que estarían en el bar de enfrente y que vigilara el barco. Yo me quedé en el interior, escribiendo alguna carta de navegación que otra. De repente, las velas se apagaron y las dos ventanas parecieron cubrirse de humo. No podía ver nada. Antes de que me diese tiempo a reaccionar apareció una pequeña bola de luz donde debería estar la puerta. Una figura alta, vestida con una túnica negra aparentemente mal cuidada, apareció detrás de la luz.

Era esbelta y la capucha de la túnica le cubría la cara. Una voz ronca salió de la esquelética mandíbula de aquel ser que se acercaba a mí.

- Te lo advertí. Ese gato representa la maldición de tu familia. Te perseguiré hasta que puedas demostrar que tu falta de humanidad por tu único amigo fue un “simple despiste”.

En ese momento la puerta se abrió detrás de él. La figura se desvaneció y las velas se encendieron. Yo en cambio seguía inmóvil, observando el lugar donde hacía unos segundos estaba un ser que podía haber acabado con mi vida.

En la puerta apareció el cartógrafo del barco mirándome como a un ser despreciable. Cogió unas cartas de navegación que había en el lado opuesto del camarote y se fue sin decir una palabra. Yo seguía inmóvil e incapaz de dar crédito a lo que acababa de presenciar.

Cuando conseguí moverme llamé a todos los integrantes de la tripulación para poner en funcionamiento el barco. Aún con mala gana cedieron a mis peticiones y nos pusimos en marcha a Nápoles y luego a Grecia.

Cambiaba de barco siempre que podía, y no estaba mucho en tierra pues recordaba las leyendas de los mercaderes de Parías que aseguraban que había pocas posibilidades de que la muerte te encontrara en alta mar. Ojalá hubiera sido cierto. La verdad es que tardé en encontrarme con algo como aquello un tiempo. Al fin y al cabo, en aquel tiempo siempre estaba moviéndome por el Mediterráneo.

Pero a los dos años de aquel suceso, cuando nos dirigíamos a Estambul para una venta de pescado, se desató una tormenta como nunca había visto en todos mis años de marinero:

Como siempre, izamos velas y desplegué mi catalejo para ver si había tierra cerca. Entonces, un gran tentáculo o una cola de serpiente gigante -no me fijé muy bien en los detalles- rompió el casco por la mitad. Recordé más historias de marineros que aseguraban que un monstruo acechaba esas aguas. Lo llamaban Leviatán en el barco de unos pescadores de los Países Bajos.

No me explico muy bien cómo a día de hoy sigo con vida. Sólo sé que dicen que si engañas a la muerte una vez nunca podrá atraparte. Supongo que por eso, y porque al subir al barco de los pescadores, me esperaba como polizón el gato negro.